

CARMEN. Fué en un día de invierno que bien podía haber pasado por primavera. ¿Verdad que no hacía frío entonces? ¡Oh, ahora, en estos días, el frío lo siente una en los mismos huesos! Parece que nos besa la nieve.

LUISA. Que cosas dices. A mí la nieve me ha producido una alegría loca. ¡Ver nevar! Es tan bonito este nuevo espectáculo!... Aquí raras veces nieva.

CARMEN. ¿Y sólo por pare certe nuevo dices que es bello?

LUISA. No sé qué contestarte. Yo voy en busca de la nieve porque me place sentirla bajo mis pies, quejándose al quebrarse.

CARMEN. Locuras, querida Luisa.

LUISA. Llámale como te plazca. Yo quisiera que alguien tuviese el valor de acompañarme al campo, donde jugaríamos como chiquillos arrojándonos puñados de nieve hasta cansarnos, hasta rendirnos, ardorosos y jadeantes.

CARMEN. El placer que tú sientes es voluptuoso, el mío es muy distinto. Me imagino que cuando nieva acude á nosotros la idea de otros mundos algo muy fuera de la vida y muy próximo, casi tocando al ideal. El bello encanto de la nieve, suave y blanda, blanca y acariciadora, pone alas en mi imaginación, transfigurando las imágenes que ven siempre los ojos; ahora, cuando nieva, poco á poco esas imágenes se visten de vellonicos blancos que lentamente van formando un manto de pureza. Yo creo que la nieve al caer de lo alto viene á hacernos olvidar las podredumbres de la vida. Las mayores ciénagas desaparecen bajo el blanco caperuzón de la nieve. El alma se estremece acariciando la idea de la virtud y de la pureza. Un campo blanco, una calle blanca, antes de que la huella del hombre aplaste la nieve, aparecen im-polutas, sin mácula, como una virgen que tenga semejante al cuerpo su alma; como un capullo, primer brote de primavera; como una crisálida...

LUISA. Hija, cuanta poesía. ¿Por qué no escribes un poema hablando de la nieve? ¿No ves cuanta concurrencia en las calles? Yo entiendo que la nieve sólo es bella al aire libre, saltando y corriendo; ¿si no sirve para patinar y deslizarse sobre ella como en otros países, porque aquí ni somos partidarios del campo ni de la ascensión á los cerros, ni apenas tenemos cerros; si no sirve para ejercitarse en tan bellos deportes para qué sirve la nieve? ¿Pintamos nosotras algo junto á la lumbre, viendo á través del cristal caer la nieve? Vamos á ver: Sé sincera conmigo y responde á esta pregunta: ¿Por el hecho de haber nevado, tienes aquí á tu maridito ó en el casino con los amigachos, jugando al tresillo, haciendo chistes ó despellejando al prójimo?

CARMEN. El hombre no es de casa, querida Luisa; si algún día tienes marido ya lo comprenderás. Se debe á los negocios, á las amistades. Sin lo uno no marcharía bien lo otro. El hombre está obligado á conservar su personalidad, y nosotros debemos alegrarnos de ello.

LUISA. Eso se lo has oído á él muchas veces, y aunque no lo crees quieres colocármelo á mí; corrientemente; haces bien. Pero déjame que yo siga en mis trece, acerca de la belleza de la nieve.

## ESCENA TERCERA

CARMEN, LUISA, MARIA JESUS y ANTONIO

M.<sup>a</sup> JESUS. (Entrando). ¿Se puede, ya que estamos dentro?

CARMEN. Adelante.

LUISA. ¡Hola, María Jesús! Adios, Antonio.

ANTONIO. Yo quería pasar recado, pero esta...

CARMEN. Ustedes vienen á su casa. ¡No faltaba más!

M.<sup>a</sup> JESUS. Chica, qué tardecita. Está el tiempo de abrigo.

LUISA. (A Antonio). Tú, no vas al casino?

ANTONIO. No, á mí la vida del casino me hartó para siempre. Tropecé con mi mujer y...

M.<sup>a</sup> JESUS. Tú no sabes qué cariñazo le tiene á la casa desde hace algún tiempo; no se asoma al balcón porque no le dé el aire.

CARMEN. Y tú encantada.

M.<sup>a</sup> JESUS. Sí, encantada de ver un caso tan raro. Bueno así andan las Juntas de protección á la Infancia de Fomento, del Turismo, la Inspectora de espectáculos, Contra la tuberculosis... y no se cuantas más de las que forma parte. No asiste á ninguna sesión.

ANTONIO. Lo que hacen los demás. En cambio saco á esta á paseo, para que no digan que en nuestro pueblo se ocultan las mujeres como en los de Africa.

LUISA. Pero hombre, ¿y todos esos organismos abandonados?

ANTONIO. Son organismos que no dan nada.

LUISA. ¡Y lo dice tan fresco!

CARMEN. Lo mismo nos ocurre á nosotras, no hay que escandalizarse. Tú perteneces á dos ó tres asociaciones benéficas; ¿puedes decirnos si te interesan gran cosa?

LUISA. Para el Roperero dí el año pasado no se cuantas prendas.

ANTONIO. Y yo unos pantalones.

M.<sup>a</sup> JESUS. Y yo.

ANTONIO. ¿Tú también unos pantalones?

LUISA. Dobleemos la hoja. ¿Habeis visto qué aburrimiento? ¿Dónde está la juventud? ¿Qué se ha hecho de nuestra buena sociedad, esa sociedad que tanto traen y llevan los periódicos?

CARMEN. Tus exclamaciones me hacen volver sobre lo mismo. El que se aburre es porque quiere. ¡Cuantos pobrecitos necesitan consuelo; además del pan, auxilio espiritual! ¿Por qué no dedicarnos con verdadero entusiasmo á las buenas obras? A la obra social, que es obra de amor.

LUISA. Mira, si no te callas conseguirás que se duerma la visita. Antonio está haciendo unos esfuerzos locos para no bostezar. Y eso que es un hombre ordenado, un caballero modelo... (Irónica).

ANTONIO. ¡Luisa, por Dios! Carmen no le haga usted caso. ¡Poquito que me gusta á mí eso del amor!

M.<sup>a</sup> JESUS. No seas sinvergüenza, Antonio.